



DIMENSIÓN ESPIRITUAL DEL SER HUMANO

*Equipo de Colombia de ERE
Comunidad de Hermanos Maristas – Provincia Norandina
(Extractos de la Cartilla N° 1 de la Colección Fundamentos de la ERE)*

El presente Capítulo, plantea algunos aspectos relacionados con la dimensión trascendente del ser humano. Propone un acercamiento a términos estrechamente relacionados con tal componente (trascendencia, espiritualidad, religiosidad) los profundiza, establece diferencias e insinúa algunos puntos de acercamiento entre ellos.

1. DIMENSION TRASCENDENTE DEL HOMBRE

Ser trascendente no es cuestión de épocas o circunstancias, los seres humanos tendemos a lo religioso, querámoslo o no. Nuestra vida se hace grande en la búsqueda de realidades que están por “encima” de nuestra comprensión. Somos seres “con espíritu” y eso no es dado o quitado al antojo por nada ni por nadie, es parte de nuestra humanidad.

“Resulta que el alma está viva y que forma parte del ser humano. No somos solo cuerpo. *No solo de pan vive el hombre* (Mt 4, 4). El hombre y la espiritualidad se están buscando mutuamente, es una cuestión de supervivencia y realidad”.¹

Reconocer esa condición trascendente en el sujeto humano, como parte esencial de su ser, que permanentemente lo empuja al encuentro con esa “fuerza superior”, que lo habita y de la cual el mismo humano ha sido hecho, es darle al tema de la trascendencia el tinte antropológico necesario para dejar claro que la reflexión sobre la experiencia de Dios debe pasar permanentemente el sujeto. La religión, como fenómeno humano, no es otra cosa que la vivencia de una serie de elementos que ponen la existencia en relación con un ser superior determinado y que, en últimas, dicha relación tiene por objeto humanizarlo, es decir, potenciar totalmente su ser. “Toda cuestión acerca de Dios es, en último término, una cuestión acerca del hombre y sólo puede ser resuelta a partir de él y por referencia a él.”²

Tan apasionante como la historia del devenir humano en sus aspectos cronológicos, sociales, culturales, políticos, ha de ser su historia religiosa, pues en ella, con seguridad, se pueden reconocer los caminos transitados por el ser humano en sus búsquedas trascendentes. La Espiritualidad debe propiciar este maravilloso viaje hacia el pasado del hombre y descubrir en la dinámica evolutiva de su ser religioso, explicaciones válidas a los acontecimientos que marcan su existencia actual. Con seguridad muchas de las formas de ser, de los saberes y los sentires de los humanos hoy, encuentran sentido en una cuidadosa mirada retrospectiva a dicha historia.

En las circunstancias que enmarcan la actualidad de los sujetos, no es extraño percibir un cierto desánimo a la hora de afrontar la reflexión sobre el hecho religioso, pero no hay lugar a engaños, no hay circunstancia, por adversa que parezca, que pueda limitar su deseo de trascendencia.

Ni el vértigo emocional que parece colmar las necesidades de los humanos de hoy, ni la aparente imposición de la cultura del “sin sentido” son realidades tan contundentes como para mermar la innata búsqueda de Dios. Muy por el contrario, en esta forma de asumir la realidad, se vislumbran otros posibles caminos para acceder a lo espiritual.

¹ GUZMÁN, María Dolores. *En busca de la espiritualidad perdida*. En REVISTA MISIÓN JOVEN. N° 340, Madrid, CCS. Mayo de 2005. p. 5.

² BRAVO, Carlos s.j. *Que es la secularización* En marco antropológico de la fe. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana. 1981.



Muchas de las búsquedas espirituales actuales, en un mundo que cada vez más tiende a secularismo, pueden entenderse como un surgir del intimismo, más que de la espiritualidad o de la religiosidad; sin embargo, este afán del sujeto por hallarse y reconocerse, puede ser la ocasión para tener acceso a una importante experiencia trascendente. De ahí la necesidad de estar atentos a estas búsquedas, reconocerlas, considerarlas y discernirlas.

Sabias palabras del reconocido teólogo latinoamericano Leonardo Boff, nos permiten reforzar lo expuesto:

Frente a los mitos de la cultura dominante, contexto dramático pero a la vez esperanzador en que se encuentra la humanidad, la espiritualidad constituye una de las fuentes primordiales de la inspiración de longevo, gozosa esperanza compensatoria, de generación de un sentido pleno y de capacidad de auto-trascendencia del ser humano. En momentos tan dramáticos, el ser humano se sumerge en las profundidades de su ser y se hace una serie de preguntas básicas: ¿Qué estamos haciendo en el mundo? ¿Cuál es nuestro lugar en el conjunto de los seres? ¿Cómo aseguramos un futuro que sea esperanzado por todos los seres humanos y para nuestra casa común? ¿Qué podemos esperar más allá de esta vida?³

Es necesario profundizar sobre términos como trascendencia, espiritualidad, religiosidad, pues en su adecuada comprensión y alcance aparecerán elementos determinantes para abordar de manera más objetiva el asunto que aquí se trata, en su profundización, se vislumbra cómo cada uno de ellos posee su talante particular y cómo, por separado, aportan elementos importantísimos para la vida del sujeto humano. Pero, por otro lado, se reconocen puntos en los cuales los tres términos confluyen y se hacen inseparables.

2. PRINCIPIOS CATEGORIALES DE LA ESPIRITUALIDAD

2.1 Trascendencia

La complejidad que supone este concepto ha generado un incontable número de acepciones que han surgido de las más diversas disciplinas del conocimiento humano y por supuesto, imposible de definir a través de una fórmula conceptual unificada, desde la filosofía, la teología, la sociología, la ontología y demás ciencias humanas, surgen reflexiones que dan al hecho trascendente en el sujeto connotaciones demasiado importantes y profundas.

Ante un panorama tan extenso, es necesario recoger, desde la etimología, un concepto que nos sea útil a la hora de abordar este asunto..., reconociendo que a pesar de la variedad y extensión en su abordaje interpretativo, son muchos los aspectos en los cuales las distintas ciencias coinciden, de cara a la trascendencia como un hecho que da posibilidades de realización plena al sujeto.

La palabra trascendencia, desde el punto de vista etimológico, expresa un “movimiento” de travesía (trans) y de subida (scandere), un cambio de lugar o un cambio de nivel. “Ir de un lugar a otro, atravesando o traspasando cierto límite”⁴

La trascendencia así planteada, se asocia a esa condición humana de permanente búsqueda, de incansable caminar hacia otros “lugares”, de deseo inagotable de crecer en la percepción y experimentación de nuevas realidades; en fin, se asocia estrechamente con el inevitable y apasionante acontecimiento de la evolución gracias al cual *somos lo que somos*, pero sobre todo, gracias al cual podemos *llegar a ser*.

Pero ese “caminar” al que se alude, sucede en el aquí y en el ahora, hace referencia a esas “luchas” de los seres humanos por mejorar su condición vital. Se trasciende alcanzando niveles de vida más adecuados en lo

³ BOFF, Leonardo. *Espiritualidad. Un camino de transformación*, Santander. Sal Terrae, 2001, p. 13-20.

⁴ FERRATER Mora, Diccionario de Filosofía. Tomo II. Barcelona, EDHASA, p. 826.

económico, en lo social, en lo académico, en lo familiar, en lo afectivo, en lo cultural, y por supuesto, en lo religioso.

Todo aquel que gracias a sus búsquedas personales, sucesivamente va alcanzando “otros lugares” en los cuales su dignidad humana se mejora, es un ser que trasciende. La trascendencia no puede enmarcarse en un plano tan elevado que parezca negado a los hombres del común. Aquel que comprende que la cama en la que descansa no es lo suficientemente adecuada para tal fin y en su “búsqueda” existencial se procura un mejor lugar para cuando llegue la noche, está trascendiendo; aquel que sabe alcanzar pequeños momentos de placer al escuchar tal o cual armonía y, a la vez explora otras melodías más elaboradas, esta trascendiendo; quien en su cotidiano comunicarse utiliza lenguajes cada vez más complejos (no complicados), gracias a esa inquietud intelectual que le propicia nuevas formas de hacerse escuchar por sus semejantes, está trascendiendo.

La realidad se presenta como algo significativo para el sujeto, le “dice algo”. La realidad no pasa ante nosotros de manera indiferente, sino que nos permite abrirnos a múltiples posibilidades y realizarnos como personas.

La trascendencia alcanza otros niveles cuando nos acercamos a la realidad desde la *experiencia de sentido*, que nos permite entrar en comunión con las múltiples experiencias y lenguajes que de ella brotan. Los acontecimientos, los lugares, el mundo se nos muestran a través de los sentidos, pero además de verlos, olerlos, sentirlos, tocarlos o gustarlos, los interpretamos, les damos significados acordes con esa “forma de ser” y “forma de ver” particular que cada cual posee. No es lo mismo una flor para un jardinero que para un poeta; qué distinto ha de ser el significado de un eclipse para un astrónomo que para un hombre sin acceso al conocimiento o las letras; cada quien recibe la experiencia y la asume o interpreta particularmente, con seguridad algunos se beneficiarán de ella y la pondrán al servicio de su crecimiento humano, de su trascendencia, otros la aprovecharán menos o simplemente la dejarán pasar sin más.

Para que cualquier dato de la realidad se convierta en elemento trascendente es necesario abordarlo a plenitud, El sujeto ha de poner al servicio de su trascendencia esa innata capacidad de buscar, caminar, ir, con la cual ha sido dotado y que lo pone definitivamente un escalón más arriba de la evolución.

Como plantea el padre Germán Medina:

“Para no quedar en la superficie, la realidad debe ser experimentada con una cierta intensidad y en forma totalizante, es decir, con implicación de toda la persona, en el orden intelectual, emotivo y operativo. Sólo con la reflexión y el esfuerzo interpretativo la vivencia adquiere significado y valoración, quedando integrada en el contexto global de la existencia, dotada de sentido, puesta en relación con otros acontecimientos y experiencias. Este esfuerzo interpretativo hace que la vivencia llegue a ser experiencia, lección de vida, acceso a la realidad, orientación existencial”⁵.

Pero si bien la realidad nos aporta un sentido particular, estrechamente ligado con el momento y las circunstancias en las que se vive, *la realidad* también se nos ofrece de una manera más global, con un sentido más *totalizante*, en la que se comprende lo que somos y lo que vivimos como parte de un *todo*, hay conciencia de un *absoluto* que abarca la totalidad de lo existente.

Dicha comprensión, dotada de un cierto aire de misterio de inabarcabilidad que ha sido denominada por algunos como “lo absoluto”, pone de presente una certeza frente a lo limitada de cualquier realidad natural, a la vez, despierta ese deseo de “trascendencia” de “*ir mas allá*”, ofrece un nuevo ámbito de referencia que se convierte en catalizador natural del deseo de crecimiento y progreso que habita en cada sujeto humano.

Esta conciencia de lo absoluto obliga además a vernos a nosotros mismos de otra manera; da la sensación que al hacer parte de un “algo” más grande, podemos vernos desde fuera y comprendernos a la vez, como seres más complejos y especiales, lo que sin duda permite generar actitudes de respeto y ponderación hacia nosotros mismos como especie humana e invita a “trascendernos a nosotros mismos”.

Se comprende también, una dimensión de la trascendencia que se enmarca dentro de un contexto más específico que es el religioso. El ser humano de todos los tiempos reconoce, en todas sus experiencias

⁵ MEDINA, German. *Glosario de espiritualidad par el movimiento Remar de Colombia*, Bogotá, documento de estudio, 2007.

cotidianas, la presencia de un ser superior que regula, condiciona y acompaña su vida, un ser al que se debe respeto y obediencia, un ser que está en todo, lo habita todo, lo sabe todo. Ese es Dios.

La existencia de Dios no se explica a partir de visiones reduccionistas, lógicas o racionales del mundo, es una noción de orden superior, que lo ubica a ese ser como centro de la vida del sujeto que lo reconoce y acepta.

Son muchos los nombres presentes en la historia de las religiones para designar esta Realidad Suprema: Potencia, Mana, Dios, Dioses, Divinidad, Gran Espíritu, Tao, Nirvana, etc. Hoy en día, se la nombra con el término más global de “Misterio”, presente sobre todo en el diálogo interreligioso⁶.

Este sentido de Dios se presenta en la vida de los humanos, dándole connotaciones bastante concretas a su dimensión trascendente; se asume como un “totalmente Otro”, inalcanzable a las pretensiones humanas, que en frase de las *Upanishads* del hinduismo, sería: “diferente de todo lo conocido y también de todo lo desconocido”. Es lo real por excelencia, ante lo cual el ser humano se muestra finito e inconsistente; es el *valor supremo* que da valor a todo lo que existe; es lo Santo, frente a lo cual el humano se siente indigno y desvalorizado.

La trascendencia, así entendida, consiste en darle a la vida experiencias que le permitan entrar en contacto con el ser superior y transformar, a partir de ese contacto, la cotidianidad. Esta forma de trascender supone, para quien la busca, la conciencia de una realidad espiritual en su existencia, es decir, se asume que además de cuerpo, hay espíritu.

Hablar de trascendencia supone un ejercicio complejo y apasionante, que abarca la totalidad del ser humano y lo ubica ante realidades de orden natural y sobrenatural que lo impulsan a ir hacia delante. Una trascendencia que se ejerce en una relación tridimensional en que el contacto consigo mismo, el contacto con los demás y el contacto con lo Otro, configuran una dinámica existencial capaz de poner al sujeto humano en actitud de permanente búsqueda y crecimiento.

Trasciende al ser humano cuando es capaz de procurarse mejores condiciones de vida; cuando en su relación con los demás, hace de sus palabras y hechos referentes que afectan positiva o negativamente a quienes le rodean y en ocasiones afectan también a hombres y mujeres de latitudes lejanas y tiempos posteriores; cuando en su comprensión del mundo reconoce y acepta realidades de orden superior que rigen su vida y con las que busca relacionarse a través de su experiencia religiosa particular.

2.2 Espiritualidad

Incontables definiciones de espiritualidad conforman un variado mosaico en el que personas, congregaciones o corrientes de pensamiento han intentado enmarcar este término.

La palabra *espiritualidad* se ha puesto hoy de moda, muchas personas escogen caminos espirituales aún sin estar ligados a religión alguna. Desde la década de los 80 la palabra espiritualidad ha vivido un nuevo auge, reivindicada sobre todo por el esoterismo. Muchos gurús hablan del camino espiritual que quisieran aprender. Otras veces se usa la palabra para designar una religiosidad vagabundeante, ni institucionalizada ni atada con normas⁷.

La palabra espiritualidad viene del término latino *spiritualis*, que es a su vez es traducción de la palabra griega *penumatikos*, que significa “lleno de espíritu”, “según el espíritu”. Hasta el siglo XIX se usó el adjetivo espiritual; alrededor del año 1900, en el catolicismo francés se utilizó la palabra *spiritualité* como doctrina de la vida espiritual. Podemos decir que espiritualidad significa vivir desde el espíritu.

Si el espíritu es esa fuerza interior que nos habita, ese “algo” que impulsa nuestro ser hacia realizaciones de orden superior, espiritualidad será todo lo que hagamos para que dicha fuerza se incremente en nosotros, comprendiendo que no es necesario hacer nada extraordinario para lograrlo, pues basta con aplicar, conscientemente, ese componente humanizante a todas nuestras acciones cotidianas.

⁶ CALAVIA, Miguel Ángel. *La pregunta por el sentido, como apertura a la trascendencia*. En: Revista Misión Joven. N° 324-325. CCS. p. 23.

⁷GRÜN, Anselm. *Las fuentes de la espiritualidad*. Navarra, Verbo Divino, 2005, p 9.

Dicho de otra manera, espiritualidad es el espíritu con el que se afronta el diario vivir, la forma particular como cada quien asume las circunstancias diarias de su vida.

En este sentido Leonardo Boff nos recuerda que “la espiritualidad está relacionada con aquellas cualidades del espíritu humano, tales como el amor y la compasión, la paciencia y la tolerancia, la capacidad de perdonar, la alegría, las nociones de responsabilidad y armonía que proporcionan felicidad tanto a la propia persona como a los demás”⁸. Con lo que de nuevo se plantea lo antropológico como principio y fin del hecho trascendente en el sujeto humano, alejando la discusión de aquellos que insisten en ver la espiritualidad como una serie de prácticas que aíslan al hombre del mundo y que a través de rituales “ocultos” y complejos pretenden entrar en contacto con realidades sobrenaturales.

Ignacio Gotz afirma:

Hay que sostener que la espiritualidad connota, primero que todo, una cualidad de la experiencia vivida, más que un modo de conocer... La espiritualidad conlleva la búsqueda de los valores más altos conmensurables con el llamado particular, la personalidad, la cultura y la orientación religiosa de cada uno⁹.

Muchas otras definiciones carecen de un juicioso rigor científico y responden a impulsos o conveniencias de quienes las han formulado, en busca de someter bajo sus ideas a otros hombres, que urgidos de respuestas a sus preguntas existenciales, acuden casi ciegamente ante aquel que con palabras envolventes hace promesas de vida mejor. No gratuitamente, a través de la historia, el término se ha acuñado como instrumento de sometimiento o engaño, de aquí se desprende, que a menudo, el término sea asociado con prácticas más relacionadas con espiritismo, adivinación o hechicería, que para nada tienen que ver con la sublime experiencia humana de la búsqueda espiritual.

Otros, con intenciones menos nefastas, pero igualmente equivocados, le han dado a la espiritualidad una connotación de carácter eminentemente pietista.

En este caso vale mencionar lo que algunos llaman la *espiritualidad tradicional*, donde la marcada influencia de las familias espirituales tradicionales, franciscanos, carmelitas, agustinos, le dieron al tema de la espiritualidad connotaciones exclusivamente religiosas, donde, según ellos, sólo a partir de ciertas prácticas pietistas, de significativos sacrificios ascéticos, del alejamiento del “mundo”, era posible alcanzar el crecimiento espiritual. Reduciendo equivocadamente los asuntos espirituales a un selecto grupo de personas, que para su vida optaron por las sotanas y monasterios, dejando de lado a la gran mayoría de personas que se enfrentan a diario con el mundo y sus luchas desde el hogar, las calles, la cotidianidad.

Lo anterior, en evidente oposición a lo que algunos estudiosos de lo espiritual han llamado *la secularización de lo espiritual*, que plantea un camino de acercamiento a las búsquedas espirituales en y a través de la misma vida destacando que no sólo aquellos que se alejan del mundo para contemplar a Dios, son dignos de su presencia, muy por el contrario, es “en el mundo” donde lo humano entra en íntima relación con lo divino.

Lo que el hombre hace todos los días, con sus formas particulares y sus específicos intereses, no es ajeno a la espiritualidad, como humanos se potencia el espíritu cuando se juega, se ríe, se canta, se sueña.

Albuquerque se ha pronunciado acertadamente sobre la espiritualidad de lo cotidiano:

Todo ser humano al estar abocado a confrontarse con la realidad y reaccionar ante ella lo sepa o no, acepte o no, TIENE UNA VIDA ESPIRITUAL, es decir, TODO SER HUMANO VIVE SU VIDA CON ESPÍRITU, entonces, ESPIRITUALIDAD ES EL ESPÍRITU CON QUE SE AFRONTA LO REAL, no es relacionarse con realidades puramente espirituales inmateriales, invisibles¹⁰.

⁸ ROJAS César, En: Protocolo de espiritualidad REMAR ¿Qué es lo propio de la espiritualidad cristiana? Julio, 200, p. 2

⁹ GOTZ, Ignacio. *Espiritualidad y enseñanza*. Trota, Barcelona, 1998, p. 235 – 256.

¹⁰ ALBUQUERQUE, Eugenio. *espiritualidad de lo cotidiano*. En: Revista Misión Joven N° 340. Madrid CCS. Mayo, 2005, p. 23.

Por tanto, la espiritualidad debe ponerse al servicio del hombre, de sus afanes, de sus conflictos, de sus alegrías, de sus angustias, no es posible desligar la experiencia espiritual del hombre de su experiencia vital cotidiana; es ahí en el centro de su “hacer” donde el hombre redimensiona la esencia de su “ser”.

Si bien esta espiritualidad de lo cotidiano nos da la comprensión de que todo aquello que sublima a la persona y la humaniza en su praxis, es producto del acontecimiento de Dios que en él habita, también es cierto que no se puede vivir la realidad de cualquier manera si se quiere vivir una verdadera espiritualidad. No cualquiera reconoce lo que de su vida es presencia de Dios, para quien imbuido en los avatares del mundo desapercibidamente transcurren los días, difícilmente podrá hacer conciencia de que gran parte de su vida está en relación con lo trascendente, como dice Juan Martín Velasco: *“Estamos dotados de la presencia de Dios pero no nos es fácil ponernos en disposición de percibirla. No cualquiera reconoce lo que de su vida es ‘presencia de Dios’¹¹”*.

La dispersión de lo humano en miradas superficiales del mundo que habita y el divertimento vano impiden, al hombre de hoy llevar una vida propia, vive esclavizado por la moda y los medios, que lo deshumanizan. Por tanto, es la profundidad de vida en el mundo actual.

Sólo quien es capaz de reconocer con criterio amoroso a su hermano, quien vive intensamente el ejercicio de la responsabilidad comprendida no como lo obligación, sino como aporte en la construcción de un proyecto común, sabrá salir del anonimato y desmasificará su experiencia vital, al reconocerse parte de un todo que no es posible sin su concurso personal.

Dios no aparece a una mirada anónima como la que caracteriza al hombre masificado. El Dios que se revela al hombre entregándole un nombre, llama al hombre por su nombre y le exige estar dispuesto a su condición de persona¹².

Difícilmente un ser humano hoy reciba de su entorno los estímulos necesarios para aprender a mirar profundamente su realidad, cuando la existencia se debate irracionalmente en la búsqueda de satisfacciones pasajeras, que colman necesidades eminentemente físicas, condenando la razón y el espíritu a la fortuita consecuencia de una vida sin expectativas de trascendencia.

En la actualidad, pareciera un principio lógico y universalmente aceptado que todo lo que se haga ha de traer beneficios materiales directos. Esta parece ser la dinámica con la que el ser humano de hoy se enfrenta al mundo, hasta el punto de señalar como anormal a quien abandonaste precepto.

Ante estas miradas que no ven a Dios, urge determinar un itinerario a través del cual podamos afrontar la realidad en la búsqueda del “sentido de Dios”. Con certeza habrá que saber descubrir caminos en los que se invite... a afrontar el mundo con mirada diferente, donde la renuncia, el recogimiento, la soledad y el silencio enmarquen momentos de su experiencia vital. Apartarse por momentos del ruido del mundo, no como mecanismo de negación de éste, sino como estrategia para saberlo leer de mejor manera para afrontarlo mejor. Tampoco se trata de condenar o negar lo material como instrumento de maldad, sino saber ponderarlo adecuadamente, evitando que los bienes sean absolutos que condicionan y limitan la vida, pero sobre todo, poner al hombre de cara a sus semejantes, para que sepa reconocer en los demás un componente fundamental de su propia existencia, y no se vea tentado a sentirse dueño y señor de cuanto lo rodea o para que, en el peor de los casos, no entre en estado de anonimato al verse impedido a interactuar con los demás, producto de equivocadas concepciones personales de inferioridad o auto desprecio.

... Es necesario complementar las reflexiones anteriores, aludiendo a lo que sería entonces la espiritualidad cristiana. Si espiritualidad es vivir según el espíritu o el espíritu con el que se afronta la vida, es claro que espiritualidad cristiana hace alusión a vivir la vida según el espíritu de Jesús o mejor dicho afrontar la vida con el espíritu que Jesús lo hacía, que no es otra cosa que decir que para los cristianos la invitación es ir por el mundo afrontando la vida llenos de amor.

La espiritualidad no es considerada como un aspecto marginal de la existencia cristiana, sino como un estilo de vida y un autoconocimiento reflejo de este mismo estilo. Decir espiritualidad, por tanto, es

¹¹ VELAZCO, Juan Martín *La experiencia de Dios en nuestro contexto histórico: Dios está aquí y no lo sabía*. Material policopiado, p. 59.

¹² *Ibidem*. p. 94.

como decir estabilización de una identidad personal, re-significada y estructurada en torno a Jesucristo y su Evangelio¹³.

Ante la tentación que pueda haber por parte de algunos, de dar a la espiritualidad cristiana visos de práctica esotérica o de pretendidas búsquedas espirituales en un ser "sobrenatural", perdido en las inalcanzables alturas celestiales, es importante rescatar que el Jesús en el que se sostiene la propuesta espiritual de los católicos, es antes que nada, el Jesús hombre, con un tiempo y una historia concreta.

La mediación fundamental es Jesús de Nazaret, en la gracia de su humanidad. Es en efecto Jesús de Nazaret, aquel hombre que tiene un tiempo y una historia, el hombre en el cual Dios se hace rostro y palabra, y en el cual la humanidad descubre el punto de encuentro y la razón de ser¹⁴.

Y el Jesús de la historia, no se comprende aislado de su realidad particular, o ajeno a las circunstancias de su tiempo. La invitación a vivir según el espíritu de Cristo es un asunto que pone nuestro espíritu de frente a la vida, más aún, es una invitación a poner nuestro espíritu del lado de los más desfavorecidos, en donde la denuncia de lo que oprime y el anuncio de lo que libera se hace elemento constitutivo e innegociable de la espiritualidad cristiana.

José María Castillo explicando al evangelista Lucas analiza en qué consistió la espiritualidad de Jesús (Lc 4, 14-20):

Lucas explica en qué consistió la espiritualidad de Jesús. Jesús se dejó llevar por el Espíritu del Señor para aliviar el sufrimiento humano. A eso, es a lo que el Espíritu impulsó a Jesús: a dar la buena noticia a los pobres, la vista a los ciegos, la libertad a los cautivos y a los oprimidos. En definitiva, a dar vida a quienes tienen la vida amenazada o disminuida. Y a devolver la dignidad de la vida a todos los que se ven atropellados por causa de la opresión o por carecer de la libertad que merece todo ser humano¹⁵.

La espiritualidad que presenta el Evangelio funde la causa de Dios con la causa de la vida en Jesús de Nazaret. Los humanos encontramos a Dios en la medida que defendemos, respetamos y dignificamos la vida. La espiritualidad que presenta el Evangelio es un proyecto centrado en los otros, orientado a los demás, con la intención puesta en aliviar el sufrimiento ajeno.

Ahora bien, si la espiritualidad cristiana invita a la realización personal en el espíritu de Cristo, por tanto no se puede obviar la acción protagónica de la Trinidad, teniendo en cuenta que la intervención santificante del espíritu alcanza su mayor capacidad bajo esta figura comunitaria, que da fe de la estrecha relación entre Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

Hay que reencontrarse con el Dios trinitario y tomar distancia del monoteísmo tradicional. Abrirse al don de Dios Padre, desde el seguimiento del Hijo, a través de la inspiración del Espíritu. Es el Espíritu, Señor y dador de vida, el que nos capacita para seguir a Jesús, sin dejar de ser nosotros mismos. El espíritu, el auténtico vicario de Cristo, al que actualiza y representa, es el que despierta la creatividad humana y al mismo tiempo la cristianiza, hace de la vida un culto a Dios¹⁶.

En resumen, se define la espiritualidad como la acción del Espíritu en nosotros, para ponerlo al servicio de la vida. Una espiritualidad que abandona la exclusividad de lo religioso y desciende a las personas del común, exige vivir con el criterio de hacer extraordinario lo ordinario, afrontando el mundo con miradas despojadas de superficialidad, egoísmo, arrogancia o ambicioso utilitarismo. Dicha vida en el espíritu se fortalece en la centralidad de Jesús, quien puesto del lado de los desfavorecidos, exige esa misma preferencia en el mundo de hoy. Finalmente esta espiritualidad cristiana que encuentra su lugar en la vida, adquiere connotaciones comunitarias cuando se reconoce la acción total del Espíritu en la Trinidad.

2.3 Religiosidad

¹³ ROJAS, Cesar. *¿Qué es lo propio de la espiritualidad cristiana?* En: Protocolo de espiritualidad REMAR, p. 2. documento en construcción. Cali 2007.

¹⁴ *Ibíd.* p.102

¹⁵ CASTILLO, José María. *El centro de la espiritualidad.* Barcelona, Herder, 1987, p. 8-9.

¹⁶ ESTRADA, Juan Antonio. *La renovación de la espiritualidad.* 249 En: "Proyección Teológica y realidad actual" N° 162.

Comprendida la *trascendencia* como el resultado humano de su permanente dinámica de evolución, de esa innata actitud de búsqueda, de esa inevitable peregrinación hacia algo que está “más allá”; asumida la *espiritualidad* como “el *espíritu* con el que se afronta la vida”, lo que nos anima para seguir adelante, la disposición con la que afrontamos la búsqueda de la *trascendencia*, la *religiosidad* se comprende entonces como la dimensión humana que le fija al humano un referente de “Orden superior” a través del cual puede *trascender*, alimentando su *espíritu*.

Ser religioso consiste entonces en reconocer y aceptar un Dios, apropiarse de una serie de prácticas (ritos) a través de las cuales se le rinde culto, acatar unas normas que regulan la existencia cotidiana, a fin de conducir la vida en la dirección que pide ese mismo Dios, y comunitariamente, compartir sin miramientos esa creencia, ese culto, ese estilo de vida. En esto consiste la religiosidad, buscar la trascendencia bajo los parámetros de un movimiento religioso determinado.

Cada pueblo, desde la antigüedad hasta nuestros días, ha incorporado en sus procesos culturales algún tipo de propuesta religiosa. Producto de su detenida observación del entorno y de las relaciones que con éste tejen, los pueblos han establecido sistemas de creencias que dan explicación, o por lo menos intentan darla, a los fenómenos que acontecen en su devenir, pero, también intentan determinar parámetros relacionados con acontecimientos no siempre explicables. La religión se convierte entonces en esa experiencia humana que “da sentido” a los procesos naturales y a las inquietudes sobrenaturales de la existencia, en ella, el humano encuentra razones para ratificar y fortalecer su condición de animal racional y soporta las inquietudes suscitadas por esa incansable búsqueda que lo conduce inevitablemente hacia su encuentro con eso Otro que presiente e incesantemente le atrae.

Dios es el polo que no cesa de atraer al hombre e incluso aquellos que creen negarlo, a pesar de sí mismos, dan aún testimonio de Él, refiriendo, según palabras del gran Orígenes, «a cualquier cosa antes que a Dios, su indestructible noción de Dios¹⁷».

Es así, la experiencia religiosa, es tan diversa como la naturaleza humana misma, influenciada por acontecimientos de orden geográfico, climático, político, intelectual, entre otros, emerge de diversas maneras aquí y allá; su realidad global se constituye en un calidoscopio infinito que atestigua con suficiencia esa particularidad subjetiva de lo humano. Aunque posiblemente varias experiencias religiosas promuevan prácticas o creencias parecidas, difícilmente dos sistemas religiosos surgidos en lugares y tiempos distintos son totalmente coincidentes, lo cual, sólo da fe de la infinita riqueza de la especie humana.

Pero también, gracias a la inevitable búsqueda humana de la unificación, como consecuencia evolutiva de su pretensión de superioridad, la religión es, en repetidas veces, motivo de disputa, llegando a convertirse en excusa para el rechazo, la esclavitud, la imposición, la muerte; no en vano, muchas de las guerras que en la actualidad se libran en el mundo, tienen connotaciones religiosas.

A pesar de lo anterior, es claro que los sistemas religiosos, en su esencia, son verdaderas alternativas espirituales y si bien el desarrollo de muchos de ellos ha producido alteraciones significativas que han terminado desviándolas de sus objetivos primordiales, basta con que se tenga la capacidad de recapitular cuidadosamente el origen y en una acertada conjugación con el devenir actual, se encontrará el camino que ponga al hombre de frente con su realización total. Negar la validez de las religiones como experiencias trascendentes para la humanidad, es desconocer toda una tradición humana con connotaciones no solo de tipo religioso, sino también de carácter social, cultural y antropológico...

Para la lectura y la reflexión en grupo...

- 1.- Aspectos que ya hemos considerado de la “espiritualidad” el día de hoy pero que aparecen ratificados en este documento.
- 2.- Nuevos aportes que enriquecen y nos acercan a lo que es la “espiritualidad”.
- 3.- Cuáles son las “búsquedas personales” o las “preguntas existenciales” que se hacen los hombres, mujeres, jóvenes y niños /as del lugar de donde venimos. (En todas ellas está en germen el anhelo de Dios)
- 4.- Qué eco o respuesta crees que están recibiendo por parte de la comunidad marista, hermanos y laicos/as.
- 5.- Desde el documento, qué temas debiéramos abordar (o enfrentar) para crecer en nuestra vivencia de la espiritualidad.

¹⁷ ELIADE, Mircea. *Lo sagrado y lo profano*. Guadarrama, 1980, Madrid, 1980, p. 118.